

y, como residencia de invierno, una nueva Suza reconstruida sobre las ruinas de la antigua. Estas dos ciudades poseían la ventaja de hallarse no lejos de los puntos de ataque del mundo occidental que los Iranios tenían que combatir. De esos lugares de avanzada, los reyes de los reyes, prontos á dirigir sus armas sobre uno ú otro de los puntos amenazados, vigilaban los pueblos de la Mesopotamia y los ribereños del Mediterráneo desde Egipto al Ponto Euxino. A título de advertencia á las naciones de Occidente, Darío, hijo de Hystaspes, hizo grabar entre Ecbatana y el paso del Zagros, sobre la pared de una roca calcárea compacta, las magníficas inscripciones trilingües — persa, anzanita y asiria, — de Behistun, Bisutun ó Bagistana, «la mansión de los dioses». «Yo, Darío, el Gran Rey, el Rey de los Reyes, el Rey de Persia, el Rey de las Provincias, el hijo de Hystaspes, el nieto de Arsames, el Akheménida...», así comienza la orgullosa relación.

En la época en que Darío celebraba así su propia gloria en esos términos enfáticos, que frecuentemente son la prueba cierta de la decadencia moral y bien pronto de la decadencia material de las naciones, casi todos los países civilizados del Asia occidental se encontraban yuxtapuestos en la unidad de su vasto imperio.

La conquista realizada por los Medas y los Persas no era tan opresiva en su esencia como lo son en el día las anexiones «patrióticas» que imponen á los vencidos un cambio de idioma y de cultura; cada pueblo conservaba sus leyes, sus costumbres, hasta su administración indígena bajo el dominio del gran rey: los súbditos sólo quedaban sujetos á los impuestos y al servicio militar. El señor, dominando una multitud de naciones, pequeñas y grandes, se complacía en esa diversidad de razas y de lenguas en la multitud de los dominados, y no tenía idea alguna de la constitución posible de un estado político en que todos los miembros formasen un solo organismo nacional y no tuvieran más que una sola manera de pensar: le bastaba con ser el dominador incontestable, con imponer su voluntad absoluta á todo un mundo de sátrapas dóciles y de hacerla ejecutar por millones de soldados adiestrados á latigazos. Respecto de los príncipes feudales de Persia, el «rey de los reyes» era poco más que el «primero entre sus pares», mas para los vencidos del extranjero era un dueño absoluto. Evidentemente, el efecto de esta

doble forma de mando había de desarrollarse en provecho del poder autocrático; sin embargo, los historiadores griegos, sin tratar de comprender la mentalidad de los reyes persas, se ven obligados á hacer constar que, á diferencia de los asirios, los persas trataban bien á los enemigos vencidos y ni aun se creían con derecho de maltratar á los esclavos<sup>1</sup>. Ciro y luego Darío se abstuvieron de exterminar las naciones conquistadas; conservaban, de los antiguos Persas, el respeto á la vida humana.

Entre los pueblos que el «Gran Rey» cita como dominados y pagándole tributo, se comete la imprudencia de nombrar Esparta y la Jonia, es decir, Atenas: se olvida de Maratón. Entonces, como en nuestros días, la historia referida patrióticamente finge ignorar las derrotas y las reemplaza en los documentos oficiales por victorias dudosas. Además, el soberano, rodeado de cortesanos, podía imaginar muy bien que unas batallas libradas á un extremo tan



BAJO-RELIEVE DEL PALACIO DE DARÍO

De una fotografía.

<sup>1</sup> De Gobineau, *Histoire des Perses*, t. I, p. 403.

lejano de su poderoso imperio habían terminado como convenía á su gloria, y no dudaba del sentido profundo que la posteridad habría de dar á sus conflictos con el pequeño pueblo griego. Ha de reconocerse también, aunque las victorias de Milciades y de Temístocles nos llenan de orgullo y simbolizan á nuestros ojos el trabajo del pensamiento libre y de la iniciativa personal, que la victoria, por el mismo brazo de Alejandro, correspondió á los Persas.

Pero mucho antes de las batallas decisivas que fijaron la situación entre los Helenos y los Iranios, incesantes contactos y relaciones comerciales muy activas habían puesto en comunicación las dos civilizaciones. Esta evolución se realizó desde luego por intermedio de los pueblos del Asia Menor, unos emparentados con los Griegos, otros más ó menos helenizados; después por aventureros del Atica y de las islas del Peloponeso, antepasados de los buscadores de fortuna que emigran hoy en tan gran número, que iban á su vez á enseñar sus artes y oficios.

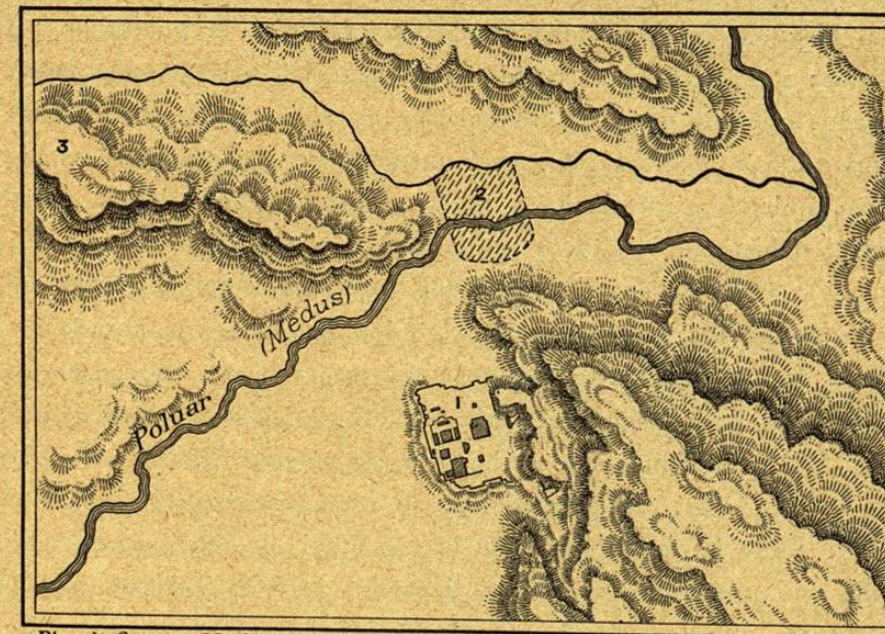
Una prueba incontestable de la influencia griega se ve en las ruinas de Persépolis, que llevan el nombre colectivo de «trono de Djemchid», personaje legendario asimilado por los Persas á Darío, hijo de Hystaspes. Es evidente que esas prodigiosas construcciones, erigidas en la época en que los Akheménidas vencedores lanzaban sus victoriosos ejércitos sobre todas las comarcas adyacentes, son en gran parte obras de imitación. Los soberanos de Persia, asombrados por las gigantescas construcciones que habían sitiado y conquistado en sus viajes, quisieron erigir en su país palacios tan bellos como los del extranjero, y seguramente llevaron consigo hábiles artesanos de Egipto, de Fenicia, del Asia anterior, de la Europa helénica; en prueba de ello, se ven letras griegas sobre las piedras numeradas, y Plinio habla de un tal Telephanio, de Fócea, como de un gran artista que vivió en la corte de Darío.

Los historiadores especialistas <sup>1</sup> han emprendido la tarea de determinar la parte de los diversos elementos que se unieron en la grandiosa arquitectura de Persépolis, y, gracias á ellos, se ha acabado por reconocer que los constructores persas no fueron únicamente

<sup>1</sup> Coste y Flandin, Perrot y Chipiez, Dieulafoy.

imitadores, sino que dieron á sus obras un carácter particular correspondiente á su genio propio, á los materiales que empleaban y á las condiciones especiales en que se realizaba su trabajo. Lo que es bien suyo son las soberbias terrazas y las maravillosas escaleras que permitían á las procesiones solemnes, peatones, jinetes y carros desarrollarse con amplitud extraordinaria; lo son también las colum-

N.º 72. Persépolis.



D'après Spruner Menke.

1: 25 000

0 200 400 600 800 1000 Metros.

1. Trono de Djemchid. 2. Ciudad baja de Istaker.  
3. Colinas de Istaker.

nas diez ó doce veces más altas que anchas, con sus pesados capiteles compuestos de parejas de animales postrados, toros, cabras ó unicornios. La luz del sol, cortada por sombras negras, penetraba por el ancho orificio del techo entre las vigas de cedro, iluminando el trono de oro y de marfil, los pavimentos de baldosas esmaltadas y las cortinas de púrpura guarnecidas con franjas de oro.

El conjunto ofrecía seguramente un carácter especial que no se encuentra fuera de la meseta de Irán y apenas presenta un vago parentesco con el estilo de las construcciones helénicas: el principal contraste proviene de que la arquitectura griega nació en todas partes del suelo por la iniciativa local, mientras que sobre las altas tierras de Irania se desarrolló principalmente para satisfacer á la majestad real y no se continuó en obras vivas en el arte nacional de Persia.

Los arquitectos iránicos imitaron también á los asirios y caldeos, pero con gran independencia de concepción y verdadera originalidad. Júzguese por sus toros alados colocados á la puerta de los edificios: son mayores, esculpidos con más elegancia y están mejor acabados que los toros de los palacios asirios; además, los artistas persas no han recurrido al extraño artificio de sus predecesores nínivitas, quienes obedeciendo á un sentimiento grosero de la perspectiva, daban cinco patas á sus monstruosos animales.

Las tumbas reales son, de todos los monumentos de la arquitectura persa, los más originales y en los que menos se nota la influencia de los modelos extranjeros. Es probable que en sus obras, se respetara parcialmente el estilo de los antiguos trogloditas iránicos: las habitaciones subterráneas de los muertos debían parecerse á las de los vivos. El plan general de esos hipogeos es siempre el mismo: sobre la abertura que da acceso á la sala funeraria se desarrolla una procesión de estatuas llevando el pavés sobre el cual el rey difunto adora el fuego sagrado flameando sobre un altar. La figura más alta, que se cierne en la parte superior del cuadro de roca labrada, es el *feruer* alado, simbolizando quizá el mejor «yo» del suplicante, que ya sube al cielo, llevando á Ormuzd los actos ó al menos las buenas intenciones del que vivió.

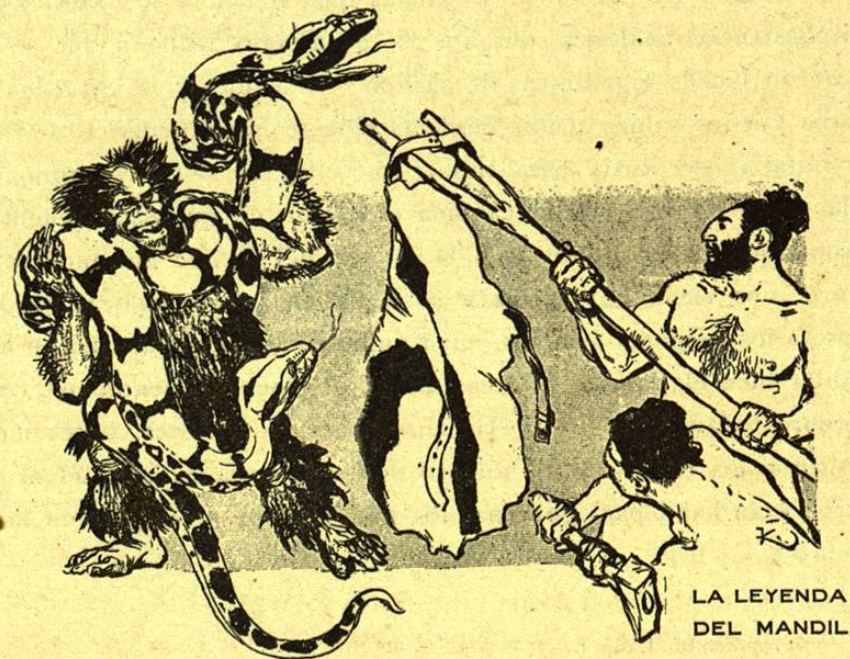
A la influencia del helenismo sobre los Iranios correspondía la de la monarquía de los Akheménidas sobre las pequeñas repúblicas de Grecia. Las relaciones de los mercaderes, las descripciones referidas por artistas y artesanos, la magnificencia de los embajadores y de su séquito causaban impresión grandísima sobre la viva imaginación de los Helenos, y los partidos en lucha en cada una de las pequeñas comunidades, por la fuerza de las cosas, habían de tener la vista fija en el coloso que proyectaba su sombra hacia el Occidente.

Unos, ciudadanos libres, recordaban con orgullo que todo el poder de Darío y de Xerxes había venido á romperse contra sus lanzas, y se sentían llenos de desprecio por el mundo pululante de los «Bárbaros», los esclavos del «Gran Rey»; los otros, aspirando á la dominación en su misma patria, hallaban que el poder incontestable de un amo cuya palabra era obedecida desde las regiones tórridas del desierto á las estepas glaciales del Norte, presentaba un espectáculo de admirable grandeza, y soñaban un orden de cosas en que Grecia tendría también amos que pronunciaran juicios recibidos por todos con reverencia y docilidad. El monarca disponía además de la fuerza vergonzosa que da la corrupción: dinero, telas preciosas, la carga de un barco bien vendida tenían frecuentemente el poder de cambiar convicciones que parecían inquebrantables. ¿No se vió á Temístocles, el vencedor de Salamina, convertirse en Sátrapa de Persia y gobernador de ciudades griegas por la raza, la lengua y las costumbres en nombre del «Rey de los Reyes?»

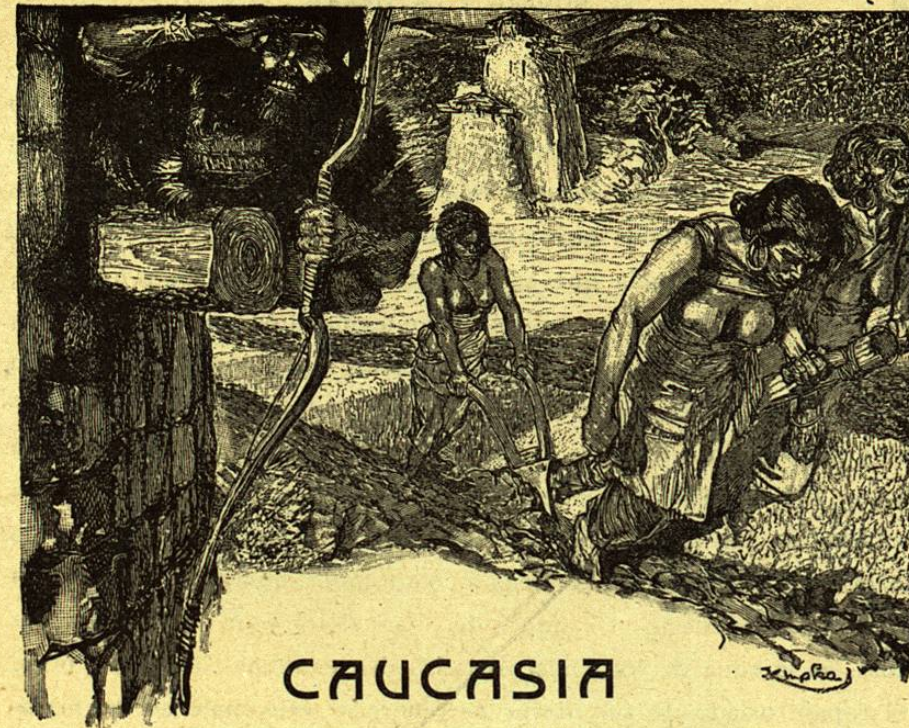
Uno de los personajes de la familia de los Akheménidas, Ciro el joven, que trató en vano de arrancar el imperio á su hermano Artaxerxes Mnemon, aparece en la historia como una especie de semi-griego, con la exterioridad de la cultura helénica y muy hábil para seducir los escritores y artistas que venían á su corte; así, en circunstancias análogas, durante ese gran siglo XVIII en que se prepararon luchas gigantescas de naciones y de ideas, se vió á los literatos y á los sabios acudir desde Occidente hacia Federico de Prusia y Catalina de Rusia para tratar con ellos del ideal y proponerles planes de reforma con la cándida esperanza de que esos potentados aceptarían sus proyectos para la mejora del género humano. «¡Del Norte nos viene hoy la luz!» se decía en aquella época, dirigiéndose á los déspotas amables, cuya única civilización consistía en saber hablar bien el francés. De ese modo, el elocuente Jenofonte, con el cerebro todavía repleto de las enseñanzas de Sócrates, busca modelos entre los Persas, y el hombre por excelencia es para él el gran Ciro, «tan hábil para gobernar los hombres con el empleo de la astucia»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Cyropédie*, lib. I, cap. 1.

Así se preparaba la unión: los Persas se hacían Griegos y éstos se volvían Persas. Cuando Alejandro, vengador de las guerras médicas, fué llevado al corazón de Asia, con el reflujó de los Griegos y de los Macedonios, no se anunció en manera alguna como civilizador helénico deseoso de educar los bárbaros: no trató sino de hacerse Persa él mismo y de sustituir á Darío como «rey de Asia», de tomar por límites exactos de su imperio los mismos que habían tenido los dominios del soberano con cuya hija se casó. De sus capitales, una, Suza, era especialmente persa, mientras la otra, Babilonia, tenía la ventaja de mandar naturalmente al mundo oriental, como centro de las grandes vías de comunicación de toda el Asia anterior. Y cosa curiosa, la memoria de Alejandro «el de los dos cuernos» es mucho más popular entre los pueblos del Asia que en el mundo griego: se le tomó realmente por lo que deseaba ser, por un conquistador asiático. Sin embargo, su advenimiento indica bien un punto de división entre dos eras: desde aquel momento el país de los Helenos y la Irania pertenecían á un mismo mundo ecuménico; esas comarcas, que constituían antes dominios enteramente distintos, se hacían solidarias en sus movimientos; la humanidad consciente se había doblado.



LA LEYENDA  
DEL MANDIL



## CAUCASIA

*Las leyendas viajan con los pueblos,  
de montaña en montaña.*

## CAPÍTULO II

CÁUCASO: RELIEVE, VERTIENTES, PASOS. — DAGHESTAN Y MINGRELIA.  
POBLACIONES. — ANTI-CÁUCASO: RELIEVE Y CAMINOS.  
ARMENIOS Y KURDOS. — HISTORIA.

EL Cáucaso pertenece al mundo antiguo, más por su misterio que por su historia. Era tan poco conocido, que ordinariamente se le denominaba el «Monte» por excelencia, tomándole indiferentemente por un extenso conjunto de montañas, por un pico solitario ó por un macizo aislado, comparable al monte Argeo ó al monte Ararat. Por contraste, algunos se imaginaban que la región montuosa del Cáucaso se extendía hasta los límites del mundo, hasta los espacios helados donde reina la noche eterna. Sin embargo, numerosos mitos referidos de diversos modos por los pueblos, desde la me-